



# CERAMICA SEVILLANA

Por **MANUEL FERRAND**

**S** IEMPRE fue esta tierra de Sevilla buena, como la mejor, para la cerámica. En la alborada larga, sin fechas, de la Prehistoria, una civilización que hoy vislumbramos a través de esquemas decorativos se fue extendiendo hasta las comarcas más distantes de Europa. Y esta civilización, que viajaba en barro cocido, el vaso campaniforme, tuvo muy seguramente su origen no lejos de aquí. Más tarde, otras vasijas, también viajeras, llevaron el aceite y los mostos andaluces hasta los confines del Imperio Romano, con las marcas de alfareros hispalenses. Vino después la aportación musulmana, que no fue poca, con la ciencia aprendida de los reflejos metálicos y de la estrella sin fin, delirio angular de lacería, geometría traspuesta en laberinto. La arcilla siguió, con los siglos, tomando forma y color, hasta que el maestro Francisco Niculoso, iniciado en el limo del Arno, nada menos, vino a traernos la sabiduría policroma de Italia.

De entonces acá, de Triana, donde se afinó con buen acuerdo la artesanía, salen de continuo vasos y azulejos para utilidad y ornamento de vasares y zócalos de distantes meridianos. De aquí, el azulejo de lacería, o de cuenca o cuerda seca, o el liso e historiado, de limpia y brillante superficie; y la modalidad múltiple del bulto, desde el relieve heredado de Della Robbia, hasta el vaso de la flor y del vino, pasando por la gama vastísima de las piezas decorativas o utilitarias. Todo cuanto se fragua en la

conjunción de tierra, agua y fuego, primitivo y eterno oficio del barro elaborado, se hizo durante siglos, bajo el patronazgo de dos Santas alfareras, en la orilla derecha del Guadalquivir.

El primer tercio del siglo había de ser decisivo para la cerámica sevillana. La Exposición Iberoamericana atrajo miradas de todo el mundo hacia unos edificios en los que el barro vidriado adquiría un papel primordial. Centenares de metros cuadrados de azulejos y numerosas muestras de cerámica modelada cubrían paredes, hornacinas, zócalos y pilastras con un atrayente, inesperado cromatismo. Al material sólido se le reemplazaba con la frágil materia que arrancaba destellos en relieves, florones, estatuas y hasta en balaustradas completas.

Las fábricas trianeras que habían acudido al llamamiento incrementaron su producción y del impulso recibido surgieron mejoras en instalaciones y métodos para atender a una demanda que desde otros lugares rápidamente se les hizo. Fueron años en que los «patios sevillanos» se multiplicaron desde California hasta la Tierra de Fuego, en residencias de Madrid y en chalets junto al Cantábrico. Guadalhorce llevó azulejos al «Metro» de Buenos Aires, y parques y plazas de no pocos sitios de España se adornaron con la producción trianera.

Aquello dio lugar a unos moldes de profusa repetición. El ánfora, el tejaron, la cetrería y la hojarasca plateresca, el



cenicero de ranas y el nazareno de reflejos metálicos iban surgiendo de los hornos para lanzarse por esos caminos de Dios.

Pero los años pasan, y con ellos, las modalidades de todo tipo. Hoy la Arquitectura es, fundamentalmente, distinta, y, con ella, la Decoración. La Cerámica es eterna, pero no inmutable; entre otras razones, porque nunca lo fue. En el transcurso de los siglos, como toda creación humana, fue adoptando aires nuevos que provenían de distintos conceptos de vida. Lo autóctono se contaminó de clásico y luego de árabe y más tarde de plateresco. Las modificaciones siguieron a medida que unos valores, unas fórmulas de nuevo cuño se iban abriendo paso, más o menos efímeramente, pero con la pujanza, la urgencia de su llegado momento.

Hoy, se siente, se piensa, se construye de un modo distinto a cuarenta años atrás. La cerámica en el mundo entero tiene reservado un puestó —rico en variedades— importante. Pero tal vez no sea importuno preguntar si la tradición ceramista sevillana va a compás con las exigencias de la fecha. Hay síntomas que parecen acentuar la duda. Mientras en otras localidades, dentro y fuera de España, el arte cerámico ofrece una vigorosa renovación, en Triana no son pocas las fábricas que se mantienen gracias a la producción de ladrillos y de tejas. Se habla de crisis, de la falta de pintores ceramistas, de disminución de mercados.

Pero, ¿se ha sabido evolucionar, se han buscado formas nuevas, motivos decorativos en consonancia con la época? Faltan pintores ceramistas, pero ¿se han buscado o aceptado sugerencias, bocetos, creaciones de los pintores jóvenes no ceramistas? De todos es sabido que hay una generación de artistas que viaja y recoge y aspira. Y que de ellos, no son pocos los que por su cuenta y riesgo, en la soledad de un estudio, intentan y consiguen piezas cerámicas que responden a un sentimiento actual.

Si el problema son estos o son otros, doctos hav en el gremio que lo sabrán precisar. Una industria cimentada en tan bella artesanía no debe perder el puestó que con legitimidad de siglos y buenas obras ha venido ocupando.

M. F.

(Fotos Serrano.)

